LIC. MANUEL ROMERO RUBIO

Secretario de Gobernación.

MANUEL ROMERO RUBIO.

"Honni soit qui mal y pense."

I

La célebre frase de Napoleón Bonaparte: "La carrera está abierta á los talentos," ha venido á ser, en el mundo de los hombres de genio, el más poderoso estímulo para alcanzar la inmortalidad.

Y es cierto que el genio comprando con el infortunio la gloria, como decía Byron, no solo logra un laurel para sus sienes, sino una memoria sublime para legarla á sus pósteros. Sus trabajos, sus afanes y sus triunfos, son para la humanidad remedio salvador de sus males.

En México, la sociedad formada en el convento, educada bajo la vigilancia activa del jesuita, durante la época colonial, no podía levantarse ya

independiente, libre y vigorosa. La preocupación arraiga con tal fuerza en el espíritu, que es imposible destruirla al primer golpe. Es como la savia del árbol, que le da vida. Pero en el ser humano es la preocupación la vida del que lentamente apura un tósigo.

Y en sociedad semejante creció Romero Rubio.

Era el año de 1828 y en él vino al mundo el hijo de un honrado ciudadano, del liberal y patriota D. Luis Romero. Y fue la ciudad de México la cuna de aquel niño, á quien se puso por nombre Manuel Romero Rubio.

México, la cuna de Cuauhtemoc, de Fernández Lizardi y de Ocampo, es el alma de la América Latina y en aquel entonces, no era solo la reina de Anáhuac, sino la esperanza de los pueblos hispano-americanos, que veían en la antigua matrona azteca, un baluarte de defensa para los conquistadores de allende el Atlántico.

¿Cómo pasó su niñez Romero Rubio? Nadie ignora lo que era la escuela en el año de 1828. La luz es la instrucción, pero el antro es la oscuridad. La luz que entra al alma por los ojos, no es la luz solar, es la luz de la instrucción. Y bajo los arcos imponentes y severos del claustro, no se ve sino el tenue fulgor de la moribunda lamparilla: es la oscuridad de la vida. Pero así como de en medio del fanatismo y de la prostitución del siglo

XVIII, surgió radiante la Revolución Francesa en 1789, así de la oscuridad del claustro se levantó vigorosa la generación de los Ocampo, los Juárez, los Lerdo de Tejada, los Romero Rubio y otros mil. El grito de la nueva generación era el grito del combate; era el grito del alma avasallada que se escapaba de su cárcel para ser libre.

La onda salobre del seno mexicano enviaba el saludo de despedida á su pasado en México, por última vez, el 11 de Septiembre de 1829, en las arenas de Tampico. Cuando Barradas marchó á Cuba, ya México nada tuvo que temer: era completamente independiente.

Destruida así esa nobleza de poderío de los que aún soñaban un título para ser grandes ante sus propios ojos, el clero despertó de su letargo, y sintiendo repletas de oro sus arcas, pensó en ser omnipotente. La ambición, que es superior á todas las pasiones humanas, venció el alma de un jefe valeroso y de genio. Santa-Anna cambió su túnica de republicano por el solideo del clerical. Entonces comenzaron, para extinguirse en los llanos de Tecoac, las luchas fratricidas. El ambiente respiraba sangre, el campo tenía olor de sangre, la choza y el palacio tenían por cimientos cráneos de hermanos.

Era la lucha de la ambición. No había idea. Y por eso perdimos la mitad de nuestro territorio, cuando el yankee nos invadió.

Tal fue el campo en que vivió Romero Rubio, durante su juventud. El venía á la vida social en aquella época en que la nobleza de la sangre era la única gloria. Y con él apareció esa generación gigantesca, hija de todas las capas sociales, que destruyó para siempre el poder del altar y el trono, elevando la República triunfante sobre las ruinas de un imperio efímero, el año de 1867, después de dos décadas de lucha en los campos de batalla, en la tribuna, en la plaza pública, en la asociación, en la prensa, en la escuela y aun en el seno del hogar.

Era una generación nacida para luchar. No había en ella un Marat, ni un Robespierre, ni un Danton; ni hubo terror ni guillotina. De ella surgió el americano más grande de este siglo, Benito Juárez; de ella nació un Ignacio Ramírez, un Melchor Ocampo, un Zaragoza, un Lerdo, un Porfirio Díaz, un Doblado, un Romero Rubio, un González Ortega y otros mil que la epopeya cantará algún día.

II

La escuela es el primer templo santo que pisa el niño: es el sueño de luz donde su inteligencia se agiganta y vigoriza. Romero Rubio no fue á

la escuela primaria moderna. Al entrar, solo vió un dómine con una palmeta en la mano y el catecismo de Ripalda en la otra. Al espartano se le educaba el cuerpo, para la defensa física de su patria. Al mexicano se le âtrofiaba el espíritu, para que su inteligencia sucumbiese al peso del fanatismo. Pero dejemos la escuela.

El niño va de capense al Seminario. Se le enseña latín, la filosofía de Santo Tomás, derecho canónico y algo de derecho civil. Primero el elemento de vida del clericalismo; después la ciencia.

Romero Rubio fue de la escuela primaria al Colegio de San Gregorio. Dió principio á sus estudios con esa dulce esperanza del estudiante pobre. Pero no pudo vencer á su enemiga, y se dedicó al comercio. La suerte es veleidosa, pero tiene también alguna humorada que nos hace felices, siquiera sea un momento. La pobreza se retiró del hogar de Romero Rubio, y éste entró al Seminario Conciliar.

Aquellas aulas, por sombrías que fueran, eran para el espíritu ansioso de gloria, mundo más grande que el estrecho espacio de una casa de comercio. Y aun cuando el jesuita le instruyó, dióle sin sentirlo ni quererlo, esa fe inquebrantable del discípulo de Loyola para luchar por su credo. El credo de un hijo de México es el de la libertad. No puede haber esclavitud en una alma que es

libre, porque la vigoriza un sol que se oculta de los tiranos.

Hidalgo educado por los frailes y Romero Rubio por los mismos maestros, aprendieron de ellos sus secretos para dominar. Y el primero dominó á un pueblo fanático, y el segundo hizo de aquel secreto, el arma más terrible para derribar la tiranía sobre las conciencias.

Fue su carrera, como la de todo aquel que ansía gloria y vida honrada: una serie de triunfos. En 1854, contaba veintiséis años, esa edad de los sueños de oro, y entonces sustentó los tres exámenes para obtener el título de abogado: el textual, el del colegio de Abogados, y el de la Suprema Corte de Justicia, y en los tres fue aprobado unánimemente.

Ya abogado, y en México, donde un título profesional es un pasaporte de sabio,—Romero Rubio podía desafiar á la miseria. Abrió su bufete y atrajo una numerosa clientela que le dejó pingües productos y triunfos envidiables en el foro.

Era su intención vivir entregado al ejercicio de su profesión; pero si creyésemos en la predestinación, sostendríamos que el joven Romero Rubio había tenido un horóscopo feliz; lo esperaba la gloria para legar su nombre á la inmortalidad.

Empeños asiduos de hombres de alta posición política le hicieron aceptar el juzgado de Tulancingo, y á pocos meses la Secretaría de la Corte

de Justicia, cargos que renunció para dedicarse á su profesión.

III

Romero Rubio, antes de la revolución de Ayutla, siendo estudiante, había combatido en el club, en la prensa y aun en la conversación íntima, la tendencia dominadora de la teocracia. Entonces comenzó á dar muestras de su carácter enérgico y patriota.

En 1855 estalló en Ayutla esa revolución sublime que venció al fanatismo. La República se dibujaba entre los celajes purísimos del cielo de México, como la estrella radiante de luz. La luz de los pueblos es la libertad. Ese sol augusto y refulgente que derrama sus rayos sobre los campos libres, amaneció el 1º de Mayo de 1855, allá en Ayutla, pequeño pueblecillo de la Costa de Guerrero. Allí el Pacífico venía trémulo de entusiasmo á acariciar con sus brisas perfumadas el pendón de los libres. Santa-Anna soñando, como todos los déspotas, en la omnipotencia de sus soldados, creyó que la fuerza de sus bayonetas destruiría la revolución moral de la sociedad mexicana.

No era el grito de los rebeldes de Ayutla el

que se oía en México. La asonada produce escándalo: es la ebriedad de un momento. Pero el sacudimiento, la conmoción social, cambian por completo los factores de una sociedad establecida. Lo que se dijo en Ayutla, era lo que se decía en toda la República. En México, Romero Rubio fue el alma de los clubs privados. No lo conocerían ahora, los que lo vieron en 1855 y 1856 atacar de frente á la tiranía. Por fin, el 9 de Agosto de 55, Santa-Anna abandona la capital de la República, entrando á sustituirlo D. Rómulo Díaz de la Vega, que se adhirió al Plan de Ayutla.

Triunfante la revolución, se decidió enviar á Romero Rubio y á Miguel Buenrostro al Sur, para decidir á D. Juán Alvarez á que viniese á la capital. Partieron á cumplir su misión, y en Iguala, Romero Rubio conoció por primera vez al Señor Juárez.

Alvarez ocupó la capital de la República; pero para obviar dificultades, nombró presidente sustituto á Comonfort, quien entró al poder el 12 de Diciembre de 1855.

IV

"Los pueblos que callan son los pueblos felices," ha dicho el gran Metternich, y el clero, que veía perderse á su rebaño, porque ya el pueblo mexicano era un pueblo que quería ser libre, temió ante el anuncio de un Congreso Constituyente, primera promesa de la revolución.

Era, pues, preciso enviar á aquella Cámara sus elementos más poderosos, en virtud del sufragio libre, que es la base de la democracia. Allí fueron, en efecto, hombres de buena fe, como Marcelino Castañeda, que soñaba en el restablecimiento de la Constitución de 1824. Se procedió en toda la República á las elecciones, y el clero trabajó para vencer en los comicios. La mayoría republicana alcanzó el triunfo. Romero Rubio fue electo diputado por el Estado de Puebla. Se afilió en el partido de los exaltados y luchó con denuedo y patriotismo contra el elemento teocrático y contra ese partido absolutista, causa de todas nuestras desgracias. Pero el partido liberal triunfó, decretando la Constitución de 1857, una de las más liberales del mundo, y á Romero Rubio tocó la gloria de ser uno de los que la firmaron.

¿Quién no conoce la lucha épica de los constituyentes? ¿Quién no sabe que el nombre de *liberal* en aquella época era un estigma? ¿Quién ignora que aun en el seno de la familia la víbora del fanatismo infiltraba su veneno, y se veía al hombre liberal, por la esposa y por la hija, como hombre temible? Esa época homérica de nuestras libertades, esa lucha gigantesca en que para derribar un coloso era preciso la fuerza de un Atlante; esa época,

decimos, fue la época de prueba para los corazones sin tacha y sin miedo, como el del Caballero Bayardo. La teocracia tembló de terror ante la imágen esplendente de la Libertad, y quería, á todo trance, ahogar entre sus potentes brazos el parto de la Democracia: la Constitución de Febrero.

En aquellos momentos en que las excomuniones se repartían con la prodigalidad de lo que nada cuesta, era preciso encontrar hombres resueltos. Romero Rubio fue nombrado Secretario del Gobierno del Distrito, siendo Gobernador el General Alcérreca.

Comenzó á sentirse en los círculos políticos la influencia del partido absolutista. Los jefes de él lograron de Comonfort que faltase á sus juramentos. El clero aplaudía esta defección y alentaba á sus enemigos, para gozar con la derrota de éste. Se habló á los guardias nacionales y á algunos militares. Llegó á oídos de Romero Rubio lo que se proyectaba, y éste fue á participar al Sr. Juárez lo que pasaba. Juárez desconfió de lo que le decía el joven abogado. Este no se desalentó. Manifestó á Juárez el plan preparado que tenían Comonfort y sus secuaces. Juárez creía en la palabra del Presidente, y se resolvió á permanecer fiel, pues ni como Secretario de Justicia ni como vicepresidente de la República, debía ponerse frente á Comonfort, hasta que éste no confirmara su defección. Romero Rubio tuvo una larga conferencia con Juárez, para convencerlo de que debía salvar la legalidad, asumiendo el poder Constitucional. Para esto le decía, que saldrían de la Capital, acompañados de algunos guardias nacionales. Pero todo en vano. Juárez creyó servir á la Patria siendo fiel al Gobierno.

Al día siguiente se presentó Romero Rubio en el Gobierno del Distrito, y encontró al Gobernador, quien le participó que, de acuerdo con Comonfort, había de adherirse al plan de Tacubaya, y que Juárez estaba preso. Romero Rubio, intransigente con los fanáticos, rehusó las promesas de Alcérreca y renunció el cargo de Secretario.

V.

Vamos ahora á trazar la época de la vida azarosa de Romero Rubio.

Comonfort huyó, pues sus mismos partidarios lo traicionaron. El 22 de Enero de 1858, Zuloaga fue electo presidente por sus amigos, y la tiranía más cruel se estableció en el país. Juárez, puesto en libertad el 11 de Enero de 1858, marchó para Veracruz con el Gobierno Constitucional.

Frente á frente. La teocracia de nuevo en el poder. El Palacio Nacional parece que es el trono desde donde se domina toda la República. Los re-